

que lo veo, lo contemplo y me extasio en estos pintorescos y deliciosos sitios, muchos de ellos llenos de recuerdos para mí?

Los pueblos y las costumbres cambian con el progreso; pero pasaran muchos y muchos siglos, y los hijos de esta noble tierra no olvidaran nunca sus antiguas costumbres, como yo jamás olvidaré á Guipúzcoa, y si acaso tengo que abandonarla, siempre mi primer afecto será para ella.

UN MADRILEÑO.

---

## TRADICIONES RELIGIOSAS.

---

### EL PILAR DE ZARAGOZA.

Rota la losa del sepulcro por el Hijo de Dios, asegurada su Divinidad y la de la Iglesia su esposa por la Resurreccion, confia á sus apóstoles la mision de predicar el Santo Evangelio por el mundo y recibir á los pueblos catequizándolos y bautizándolos segun las nuevas doctrinas.

César Augusto era una colonia de Roma, Cayo Caligula sentábase en el trono de los Césares, el águila romana cerníase victoriosa sobre el mundo, al mismo tiempo que la hija predilecta de Augusto era regida por el cetro de hierro del prefecto Cayo Apio Silano.

El apóstol Santiago, el Hijo del Trueno, como lo llamaba Jesucristo, acompañado de solos dos discípulos, de Atanasio y de Tesifón, penetra en Zaragoza en una noche lluviosa y fria del mes de Noviembre; párase como atraído por la luz percibida por entre las rendijas de una puerta que da acceso á una modesta casa, situada en el mismo sitio donde se levanta la iglesia de Santiago, y despues de algunos momentos de pausa penetran en ella pidiendo hospitalidad.

En el semblante del apóstol se ven impresas la huellas del sufri-

miento; pero estudiadas sus facciones, véñse en ellas retratadas la santidad y la esperanza y la fe más firme en las ideas que sustenta.

Abierta la puerta de aquella estancia, que era habitada por Teodoro, de oficio corsario, reciben franca hospitalidad Santiago y sus compañeros, y el dueño de esta pobre vivienda es el primer paso del cristianismo en la ciudad de los Césares, donde á la sazón se reconocian como dioses á Júpiter, el Sol, la Fortuna y Cérés, triste herencia del imperio de Roma, que no contento con uncir á su triunfal carro á los pueblos vencidos, les legaba como ignominioso recuerdo las creencias más absurdas y la avaricia insaciable de sus prefectos y régules.

No era extraño que en el semblante del Hijo del Trueno se dibujase el sufrimiento: al partir de Jerusalem para cumplir su misión divina por las regiones más occidentales del mundo, entónces conocido, y al postrarse de hinojos ante la Virgen Santísima para recibir su celestial bendición, llena de ternura dice la Reina del Cielo:

*«Marcha, hijo querido, y cumple el mandato de tu Maestro, y en aquella ciudad de España que mayor número de personas conviertas á la fe, edificarás un templo á mi memoria, conforme á lo que á su tiempo he de manifestarte».*

El apóstol, enardecido por su fe y fortalecido por las promesas de María Santísima, atraviesa precipicios, surca los mares, supera mil peligros, y dejando la Judea y Samaria, habia pisado las playas españolas y llegado á la ciudad de Zaragoza, y sin embargo, los frutos de sus trabajos evangélicos eran escasos, y todavía no habia podido cumplir la misión dada por su Santísima Madre: esta era la causa de su sufrimiento.

Que su fe era inquebrantable lo demuestra el haber traspasado la mitad de la Península española, tierra del valor cívico y del heroísmo, que habia abatido la pujanza de los Anibales y puesto en vergonzosa fuga las águilas victoriosas de los Césares, dejando al mundo monumentos imperecederos de valor en Numancia y Sagunto; y, sin embargo, el apóstol avanza tranquilo; sin más armas que una cruz, pobre y desvalido, corre á la más grande de las conquistas con un valor tal, que solo pueden inspirarle el amor de Dios que arde en su pecho y la felicidad eterna de sus prójimos.

Era el año cuarenta de Nuestro Señor Jesucristo; en la colonia de César Augusto, Zaragoza, ya el primer día de su llegada el apóstol

había convertido á la fe á siete hijos de esta ciudad, llamados Cecilio, Indalecio, Eufrasio, Segundo, Teodoro, Isicio y Torcuato, que unidos á los anteriores formaban un núcleo de nueve convertidos.

En la noche del 2 de Enero del año citado los habitantes de Zaragoza estaban entregados al más profundo sueño; en las márgenes del Ebro, junto á la ciudad, en un sitio donde, segun algunos autores, se arrojaban las pajas, se veían reunidos diez hombres. Por el ruido acompasado de sus voces, que contrastaban con el silencio que imperaba y el sonido apenas perceptible de las aguas del rio, sin duda rezaban; dirigían sentidas oraciones al Dios de los Ejércitos, á su Madre Santísima, pidiendo por aquellos que se resistían á abrazar las doctrinas civilizadoras que ellos profesaban, siendo sus incansables propagadores; eran el apóstol Santiago y sus nueve convertidos.

Absortos y embebidos estaban en sus meditaciones, cuando de repente se percibió una luz blanquecina, que iluminó el espacio, despidió vivos fulgores, y tornándose luego de los colores más vivos y brillantes, semejantes á los del arco iris, resonó al propio tiempo una música dulcísima.

Un impulso desconocido y misterioso obligó á aquellos fervientes discípulos a postrarse de hinojos, y apareció entonces entre ellos la Madre del Redentor acompañada de coros de ángeles que traían una columna de jaspe.

Los ojos de María derramaban la esperanza y el consuelo, su frente pura como la azucena despedía inmensos fulgores, era que la Virgen venía en carne mortal á visitar á Santiago mandándole que edificase allí una capilla, donde colocase aquella milagrosa columna de jaspe, añadiendo que duraría hasta el fin del mundo y que jamás faltaría en aquella ciudad quien venerase el nombre de su Hijo amantísimo.

Los coros de ángeles llenaron los ámbitos con los armoniosos cánticos del *Ave gratia plena*, y arrobados y anonadados los convertidos y el apóstol besaron agradecidos aquella tierra que había pisado la Madre de Dios.

Aquella misteriosa columna y la imágen que sobre ella se colocó fueron en adelante el símbolo del poder, el principio del engrandecimiento de la ciudad de Zaragoza.

Levantada la modesta capilla, que en un principio fué de ocho piés de ancha y diez y seis de larga, fué el primer templo levantado

en honor de María Santísima en el mundo cristiano, y desde entonces la ciudad de Augusto, cuando apenas nacía el nuevo día, al contemplar aquel prodigio, reconoció pronto las verdades humanas y civilizadoras del cristianismo.

Pasaron los siglos, aquella modesta capilla queda convertida en suntuosa basílica orgullo de propios y extraños y aumenta la fe y el culto de María, que está como encarnado y formando como la esencia y la vida de los aragoneses y de los españoles.

Vinieron los vándalos y los suevos destruyendo ciudades, como el alud que baja de encumbrada montaña y el Pilar subsistió; vinieron los hijos del desierto segando nacionalidades, como la guadaña que corta las mieses, sin otra ley que su cimitarra, ni otra fe que la punta de sus lanzas; y el Pilar subsistió; el mundo contempló lleno de asombro los ejércitos victoriosos de Wagram y Austerlitz que dos veces cercaron la ciudad de María reduciéndola á un monton de escombros y el Pilar subsistió. Los siglos pasarán, pero la palabra de María no, es eterna é infalible como la de Jehová

El nombre de María del Pilar pronunciaba Iñigo Arista cuando desde el monte Uruel enseñaba á sus huestes las campiñas aragonesas taladas y asoladas por los descendientes de Agar, á cuyo soplo caían las ciudades como montones de arena.

María del Pilar era la divisa de Alonso el Batallador, vencedor en tantas batallas, y Jaime el Conquistador cuando conducía sus ejércitos á tantas victorias.

María del Pilar sostuvo el valor de los aragoneses cuando hicieron temblar al coloso del siglo; ese mismo nombre pronunciaba el padre Bogiero para enardecer el valor cívico de los zaragozanos en aquellas epopeyas gloriosas que elevaron á Zaragoza hasta el nivel de Numancia.

El nombre de María del Pilar es el primero que las madres aragonesas enseñan á sus hijos balbucientes y el que pronuncia el adulto en medio de sus desgracias, ó si le sonríe la dicha.

El culto y devoción de María del Pilar es como el apoyo, el sosten del pueblo español; y aunque tuvo principio en Zaragoza, por ser la ciudad que levantó la primera un templo á su Santísimo nombre, y se halla en los primeros siglos de la Iglesia en las catacumbas, donde se encontró la imagen de la Virgen, no fué aclamado solemnemente hasta el concilio de Efeso, que se le llama con el nombre de Madre de

Dios, nombre que segun un escritor católico refleja en él todo el catolicismo.

En la edad media floreció ya en todo su esplendor el culto de María, siendo como la reina de aquella edad que podemos llamar heroica, y fué la inspiracion de los artistas y poetas.

El culto de María en la Iglesia católica no significa solo la adoracion de una criatura, ni la sustitucion de la Virgen á Jesucristo, único mediador; es un culto á la que fué llamada con muchísima justicia *Omnipotencia suplex*.

Por esto María tiene tanta popularidad en el pueblo cristiano, especialmente en la nacion española, hasta el punto de que no haya provincia, ni ciudad, ni aldea, ni valle, ni otero donde no se eleve un monumento á su Santísimo nombre, bajo una ú otra advocacion, como prueba inconcusa de que es la gloria, el honor, la esencia y la vida de nuestro pueblo.

D. ALCRUDO.

Ondárroa, 12 octubre 1890.

---

## SECCION AMENA.



# ZIRI BIURSAK.

---

¡FREŠKU-FREŠKUUUUA!

Petra, juañ dan astian  
 legatza jañ nuben,  
 bañan oraingu'onek  
 ez dakit zer duben.  
 Ez da legatz'au ona.  
 —¿Ezetz? Orra bada,  
 juañ dan asteko legatz  
 arrenchen šerra da.